

ÚLTIMOS ENCUENTROS CON ONETTI

Jorge Ruffinelli

A cien años desde el de su nacimiento, y a quince desde el de su muerte, Onetti cumple el destino de los escritores fallecidos: ir *desapareciendo* en la misma medida en que colectivamente intentamos hacerlos reaparecer en homenajes y en testimonios del recuerdo. Cuanto mayor es el elogio y la memoria *de los otros*, mayor es el olvido. De hecho, creo que voy conociendo cada vez menos al Juan Carlos Onetti que alguna vez conocí, traté, visité, escuché, un hombre que influyó en mi vida, sin duda, y en cuya vida debo de haber influido algo también, al punto de que comencé a escribir una novela en la que —para gran riesgo mío— yo iba a ser el modelo de uno de sus personajes. Felizmente no la continuó, desgraciadamente no la continuó. Me habría dado al menos una pista sobre su proceso creador, sobre la libertad caprichosa y necesaria que sus historias y personajes se tomaban para convertirse en la mejor literatura a partir de la realidad pedestre.

En estos últimos quince años, Onetti ha ido desapareciendo detrás de otros Onetti, de otras máscaras como la que le construyó Mario Vargas Llosa, como las que cada uno de nosotros le iremos construyendo a partir de una empecinada y emocionada revaloración.

De ahí que en estos últimos meses me haya abocado, con el equívoco estímulo de los homenajes, a recordar, a imaginar y a valorar los que llamo últimos encuentros con Onetti. *Últimos* porque son irrepetibles, y porque a partir de cada uno de ellos la memoria convocada forjará su propia narrativa, su propia versión.

Algunos de esos últimos encuentros: el de Onetti con España, el de Vargas Llosa con Onetti, el de Onetti con México en 1980, y mi propio *encuentro* que ha durado ya prácticamente 40 años.

1. El encuentro de Onetti con España

Cuando Onetti emigró a España en 1975, venía de padecer un trauma doloroso: la cárcel y el internamiento siquiático, por el “delito” de haber sido jurado en un concurso de cuentos.

Madrid debió ser un oasis, no alucinado sino verdadero. Ocupó junto a Dolly un departamento de la Avenida de América y rara vez salió de él. Parecía un ermitaño, y si bien le hicieron interminables entrevistas, que él contestaba con monosílabos, prefería vivir en su cuarto y en su cama, rodeado por sus libros, escuchando los ensayos de violín

de Dolly y los ladridos insolentes de su perrita. Una vez —por necesidad— emergió de sus hábitos solitarios y ensimismados, para recibir el Premio Cervantes de manos del rey Juan Carlos.

Onetti nunca fue muy sociable que digamos. Cuando leemos los testimonios —multiplicados durante este año de su centenario— las referencias son, cuando lo son, a su apartamento en la Avenida de América. En todo caso, Onetti no dejó nunca de tener visitantes, y la gran diferencia con su vida de ermitaño en Montevideo fue su acercamiento a su hijo Jorge Onetti, y a Mario Benedetti, ambos muy cercanos físicamente, casi vecinos. Jorge, ante todo, progresivamente habituado, como su padre, a una vida enclaustrada, comenzó a trabajar para él.

Desde su cama, y en sus cuadernos escolares de rayas, apoyado en un codo que se le iba haciendo cada vez más calloso, Onetti siguió escribiendo. Carmen Balcells le impuso cobrar cada entrevista periodística (aquellas monosilábicas que él regalaba) y desde su posición de agente literaria, lo sacó de la pobreza como autor, defendiendo sus regalías. Y al fin Onetti pasó a ser una celebridad —una semi celebridad, porque nunca contó con gran número de lectores— y ante todo pasó a ser un escritor “profesional”. Sin embargo, nunca se sometió a las “otras” leyes de mercado, aquellas que hacen del escritor un obsecuente ante sus lectores, el que espera sus plácemes y elogios. La escritura de Onetti siguió siendo de un entramado sintáctico difícil que espanta a todo lector en busca de lecturas de verano.

En esas dos décadas madrileñas, gradual y firmemente, Onetti se impuso como uno de los grandes escritores de todos los tiempos en lengua castellana. Ya lo era pero le faltaba la nombradía, que su vida en Uruguay, lejos de la metrópoli, difícilmente le hubiera concedido. Era dueño de una escritura única, de esa referida sintaxis inimitable, así como de un imaginario ingenioso para tramar historias, que lo aproximaba a Borges, del mismo modo que su realismo sombrío lo aproximaba a Arlt. Se ubicó al fin en el nivel de sus propios maestros. Y a su muerte pudimos llorarlo como él, a su vez, había llorado a Faulkner.

Aunque entre los personajes principales de Onetti haya un proxeneta —Larsen, llamado también “Juntacadáveres” por gerenciar a prostitutas envejecidas— un burdel que escandaliza a la buena sociedad sanmariana, astilleros en desuso que van liquidándose por la venta de sus piezas, mujeres que envían fotos de sus andanzas sexuales por el mundo, a su antiguo amante, digo, a pesar de todo esto, Onetti como escritor, fue de un pudor extremo. No se encontrarán palabras crudas y gruesas en sus cuentos, novelas y ensayos. La sexualidad carece allí de descripciones.

Por ello, cuando dictaminó en 1973, como parte de un jurado, que el mejor cuento del concurso *Marcha* era “El guardaespaldas” de Nelson Marra, incluyó en el acta su inconformidad con el lenguaje crudo del cuento. Ironía máxima porque a raíz de la publicación de este relato Onetti, como dije antes, fue detenido bajo acusación de “obscenidad”.

En España, y ya devuelto el Uruguay a la democracia, el presidente de turno (Sanguinetti) le ofreció un regreso apoteótico al país. Onetti se negó. No por rencor —que no era parte de su sistema vital— sino porque su realidad estaba situada en su refugio. Allí podía seguir soñando con sus personajes, con Santa María, en sus noches de insomnio mientras escribía y publicaba *Dejemos hablar al viento* (1979), *Cuando entonces* (1987), *Cuando ya no importe* (1993).

Lo fundamental era seguir siendo fiel a sí mismo, a su imaginación, a los seres que lo rodeaban —Dolly y los amigos eventuales—, no la hoguera de las vanidades, no los honores públicos, no el elogio falaz o verdadero. Onetti quería seguir siendo, en su intimidad, el joven montevideano que alguna vez soñó conquistar la metrópoli —Buenos Aires—, y era tan alto, guapo y galán, como una vez me dijo, que al verlo a las mujeres “se les caían las medias”.

2. El encuentro con otro moralista: Mario Vargas Llosa

El viaje a la ficción. El mundo de Juan Carlos Onetti (2008), de Mario Vargas Llosa es un libro *excepcional* en varios sentidos. Primero fue García Márquez (*Historia de un deicidio*, 1971), luego Flaubert (*La orgía perpetua*, 1975), finalmente Onetti. Sólo grandes escritores han llamado la atención de Vargas Llosa. Originado por un seminario en Estados Unidos, el escritor peruano decidió releer a Onetti de manera sistemática, y el libro, que el propio autor define como “una lectura”, es precisamente eso: *la lectura de un escritor por otro escritor*.

Subrayo la condición de *lectura de un escritor por otro*, dado que esto entraña ventajas indiscutibles —un escritor conoce los mecanismos del *metier*, aquello que Horacio Quiroga llamaba los *trucs*— y al mismo tiempo riesgos igualmente notables, el mayor de los cuales es la dificultad de superar el propio punto de vista, la plataforma teórico-práctica del escritor que ha sobrevivido al otro.

El libro de Vargas Llosa se instala entre los libros *académicos*: solvente, organizado, sistemático, desarrollado con las pautas de la investigación convencional (aquella de temas y estilo). Dedicó el mayor esfuerzo a sintetizar los argumentos de cuentos y novelas, y a interpretar esos mismos argumentos que, en la prosa compleja de Onetti, muchas veces son herméticos y exigen una gran destreza crítico-analítica para descifrarlos. No dudo que será ineludible en los estudios onettianos, y

en este sentido tendrá una permanente ventaja en la lucha por el poder interpretativo. En otras palabras, es el libro más proclive a establecerse canónicamente (dada la fama del autor —de los dos autores) en la crítica onettiana. Con sus aciertos y con sus errores, es un libro de *Mario Vargas Llosa*. Lleva su marca registrada.

Entre sus errores, voy a señalar uno significativo y ejemplar. Significativo porque se refiere a un relato que el propio Vargas Llosa valora con razón como una obra maestra: “El infierno tan temido”.

Todo onettiano conoce el texto de Onetti, por lo cual me ahorro recontarlo. Lo que me decepciona de la interpretación de Vargas Llosa es su falta de advertencia sobre el valor “ambigüedad” que es el núcleo de ese cuento, como lo es de todo texto narrativo de Onetti.

Cuando decimos *Onetti* decimos “ambigüedad”.

En la lectura de Mario Vargas Llosa, Riso se suicida cuando una foto pornográfica —de las que enviaba su ex esposa Gracia— llega a los ojos de su hija. Pero ¿qué dice el texto en sus líneas finales? Gracia envía la foto, señala el narrador, “*Tal vez pensando que abriría el sobre la hermana superiora, acaso deseando que el sobre llegara intacto hasta las manos de la hija de Riso, segura esta vez de acertar en lo que Riso tenía de veras vulnerable*”.

Tal vez, acaso, segura... tres términos sabiamente entrelazados por el escritor, y que en realidad dejan su obra abierta y con un desenlace ambiguo.

En *mi* lectura, la foto es interceptada por la hermana del colegio, la niña nunca la ve, y Riso se suicida para impedir que una próxima foto pudiera no ser interceptada. Es un suicidio instrumental. Si él se destruye, Gracia no tendrá motivo para continuar enviando sus mensajes visuales.

El suicidio de Riso no tendría sentido alguno en la versión interpretativa de Mario Vargas Llosa.

¿Por qué esta discrepancia? Porque ni Vargas Llosa ni yo *conocemos* la resolución. Como en tantos otros relatos, la maestría de Onetti es concluir con la ambigüedad absoluta.

Esa es la maestría de Onetti.

También decepciona que Vargas Llosa no reflexione, a propósito de “El infierno tan temido”, sobre el motivo ideológico de la “pureza” —tan provinciana, tan relacionada a la “incontaminación” de lo sexual—, porque en cierta medida esa misma ideología de moral puritana aparece en la literatura de Vargas Llosa. Habría sido interesante contar con una reflexión y un análisis de un puritano sobre otro puritano.

El libro de Vargas Llosa es asimismo *peligroso*, debido a su ausencia de hipótesis y dudas, por su aserción definitiva y definitiva basada

en la sola autoridad de su lectura. En este sentido, el canon interpretativo que el libro construye —con su autoritarismo— es también una manera de controlar el conjunto de significaciones que es la narrativa de Onetti. Es un control sobre Onetti mismo. Es la brida puesta al escritor, aquello que le impide correr solo y anárquico por el terreno semiótico de la literatura.

En este sentido, uno de los ejemplos más notables de esa peligrosidad es la calificación que Vargas Llosa hace del estilo de Onetti como “crapuloso”. La palabra “crápula” designa el alcohol y la vida licenciosa. Lo singular es que Vargas Llosa no se refiere a los personajes, ni siquiera al narrador. Dice: “El de Onetti es un estilo que podríamos llamar crapuloso, pues parece la carta de presentación de un *escritor* que, frente a sus personajes y a sus lectores, se comporta como un crápula. Ni más ni menos. Las características más saltantes de este estilo son casi todas negativas. Lo frecuente es que el narrador narre insultando a los personajes —llamándolos cretinos, bestias, animales, abortos, estúpidos, monos, hotentotes, etcétera— y provoque al lector, utilizando con frecuencia metáforas e imágenes sucias, relacionadas con las formas más vulgares de lo humano, como la menstruación y el excremento” (p. 116).

No negaré la impronta implacable e inmisericorde que los narradores de Onetti usan como juicio moral sobre algunos de sus personajes, pero el juicio lapidario de Vargas Llosa va más allá: va a calificar al escritor.

Esta clase de valoraciones (que yo llamaría “desvaloraciones”) de Vargas Llosa, desconoce, una vez más, el carácter anárquico de la prosa onettiana, su esfuerzo permanente por sacudir la falsa moral, por tirar piedras al charco.

Finalmente, para el anecdotario Onetti-Vargas Llosa, aporto un episodio que *El viaje a la ficción* desconoce y que me contara Nelson Marra sobre uno de los interrogatorios a los que lo sometió el juez. Marra “confesó” en esa oportunidad haberse inspirado, para escribir “El guardaespaldas”, en la novela de Mario Vargas Llosa, *Conversación en la Catedral*. La consecuencia tragicómica de aquella confesión —que Nelson refería con risas, aunque en el momento original él se sintiera aterrorizado— fue que el juez interrumpió sus preguntas, se puso de pie y le dijo a su escribiente: “Requírame inmediatamente a ese Vargas Llosa.”

No se le podría exigir al juez que superara la ignorancia literaria. Como se puede apreciar, Vargas Llosa era, sin saberlo, un cómplice del delito imputado.

Otro encuentro, el de Onetti con Jalapa, en 1980

Para referirlo, debo comenzar en primera persona. Llegué a Jalapa en febrero de 1974. Iba a trabajar durante un año como investigador literario en la Universidad Veracruzana. Dos años antes, Ángel Rama había pasado por Jalapa, supo de ese puesto y nos comunicó a Mercedes Rein y a mí la posibilidad de concursar. Querían extranjeros. En el aeropuerto me esperaba un hombre alto y delgado, de tez cetrina, y antes de conducirme a Jalapa en automóvil —donde llegamos a las tres de la mañana—, atravesamos la ciudad de México, para entregar a no sé qué editorial los originales de una de sus novelas. Este profesor escribía novelitas pornográficas con nombre falso, y con esa actividad complementaba el sueldo universitario.

Viví las primeras semanas en una pensión. Una mañana, la directora de Humanidades, me fue a buscar sorpresivamente. En la rectoría redactaron de urgencia un documento definiendo mi situación como profesor, y me advirtieron que debía llevarlo siempre encima. Entonces supe la razón de la emergencia: la noche anterior habían escuchado en un noticiero que las fuerzas armadas uruguayas solicitaban información para mi captura.

Me pensé, como el título de una película de Cantinflas, “Soy un prófugo”. La acusación era de cómplice de obscenidad en un cuento que había ganado el concurso de *Marcha*. Claro que esa categoría escandalosa —obscenidad— era sólo una mascarada para clausurar el semanario.

Aquel mismo programa de televisión anunció la detención de tres escritores uruguayos, y del director de *Marcha*. Entre los primeros, Onetti.

Marra fue torturado y padeció tres años de prisión, antes de salir y exiliarse en Suecia y finalmente en España. Onetti, cuya filosofía pesimista de la vida lo empujaba más a la muerte que a la vida, comenzó a dejarse morir negándose a alimentarse. Su médico personal gestionó su traslado a la clínica Etchepare. Dolly me contó el absurdo: el manicomio resultaba tan caro como un hotel de cinco estrellas. Dolly vendió la casa de la calle Bonpland, y consiguió que Onetti sobreviviera.

Mi suerte, en aquel concurso, fue incomparablemente más ligera que las de mis compañeros de jurado. Lo que cambió fue que había llegado a Jalapa por un año y permanecí trece. Caducado el pasaporte, negaron la renovación. Me nacionalicé mexicano, añadiendo ésta a mi nacionalidad uruguaya. México se volvió mi segunda casa. La dictadura me hizo un favor.

Seis años más tarde Onetti viajó a Jalapa. Así lo cuenta Carlos María Domínguez en su libro *Construcción de la noche. La vida de Onetti* (2009, segunda edición):

“A mediados de 1980 viajó a Xalapa invitado por la Universidad Veracruzana a un congreso en su honor. Jorge Ruffinelli había tomado la iniciativa de un encuentro que convocó durante quince días a escritores, críticos y figuras de la cultura de diversas partes del mundo, entre ellos Gabriel García Márquez, que concurrió especialmente a dar testimonio de su admiración y, como Onetti, permaneció la mayor parte del tiempo escondido.

“Las actividades comprendieron un abordaje integral a su obra, redescubierta tardíamente como pionera de la llamada literatura del *boom* latinoamericano. Se desarrollaban de mañana y de tarde en la universidad, en varias salas del hotel en donde se alojaba el homenajeado y en diversos locales de la ciudad. Pero Onetti apenas participó de la inauguración y de la clausura, y sólo pronunció unas breves palabras. El resto del mes que permaneció en México, con todos los gastos pagos, lo pasó en la pieza del hotel, acompañado por la caja de doce botellas de vino francés que el gobernador de Veracruz le hacía llegar todas las semanas. Apenas se desplazaba al comedor para comer algo y regresar a la cama de la pieza, junto a Manuel Claps y Carlos Martínez Moreno, entonces exiliados en México. “La bodega estaba bien surtida porque los que intentaban conocerlo —dice Manuel Claps—, hacían llegar su infanteable botella de regalo, fuera whisky o champagne en bandeja de plata, con sugerentes copas vacías que finalmente no compartirían con Onetti. El congreso lo halagaba, pero no deseaba hablar de su obra. Traductores, críticos, editores, realizaron largas horas de espera, sólo para compartir unos breves momentos de charla, o declinar, resignados, el ansiado encuentro.

“En alusión al congreso de México, una vez señaló: me enfermaba cada vez que me decían Maestro Onetti. ¿Maestro de qué? Es idiótico. Lo de maestro parece perfecto aplicado a un individuo que quiere adoctrinar o hacer didáctica, como Bernard Shaw. Sartre también trabaja de maestro. Pero yo no. Jamás me interesó adoctrinar. Si hasta en el Quijote —que estoy relejendo— por milésima vez me revientan esos parrafitos didascálicos que a veces preceden a los capítulos. Para mí, escribir es como un vicio, una manía. Me hace fe-

liz escribir, me siento desdichado cuando no”. (Montevideo: Cal y Canto, 2009, 202-203).

Así se hace la historia, o más bien, así se hacen los mitos. Este retrato es relativamente acertado aunque contenga imprecisiones y errores. ¿Vale la pena corregirlos? La caja de Chateau-Lafitte fue obsequiada por el rector, no por el gobernador, y fue solo una y no una por semana. El congreso no duró tres semanas sino cuatro días. Onetti se quedó unos días más, después del homenaje. Disfrutó de unos días de playa y entonces sí, puedo dar testimonio de que cada día, a la hora de la siesta, una botella de Chateau-Lafitte era canjeada por unos versos que, por convenio, Onetti escribía y deslizaba por debajo de la puerta de mi habitación. Aún conservo esos poemas absurdos, que no fueron incluidos en sus obras completas porque nadie conoció, hasta hoy, su existencia.

En realidad, creo que pocos advirtieron que Onetti escribió sobre el homenaje mexicano, en la columna que escribía en esa época para diferentes periódicos, y que fue recogida en uno de sus libros, *Confesiones de un lector* (1994), con prólogo de su hijo Jorge. Fechada en julio de 1980, y escrita en México, la crónica se tituló “Reflexiones de un reexiliado” y en sus párrafos finales dice:

“Muchos y buenos son los colegas en evasión y letras que me he encontrado en México. La mayoría formada por viejos amigos del Cono Sur, el resto, por frescos amigos residentes en diversas partes del mundo que acudieron al Congreso y me manifestaron simpatía y comprensión.

“Largas charlas, o pláticas, nos reunieron en las madrugadas calurosas y todos comprobamos que no sólo nos unía el origen común de nuestros exilios, sino también la esperanza de que en los países abandonados se produzca un in-cruento cambio de dictadura a democracia, cambio del que dio ejemplo España.

“Hubo también un fortísimo lazo de unión entre todos nosotros, lazo que por consabido parece no notarse: la lengua común, la lengua que trajeron los conquistadores junto con su ansioso afán de oro, de fuentes de eterna juventud y la falta de temor al mestizaje” (Juan Carlos Onetti: *Confesiones de un lector*. Madrid: Alfaguara, 1995, p. 141).

El homenaje fue importante en su momento, tanto en lo intelectual como en lo emocional. La figura de Onetti había atraído participantes de Argentina, Inglaterra, Chile, Ecuador, Puerto Rico, España, Perú, Estados Unidos, Francia, Bolivia, Uruguay, Colombia, Chipre, Venezuela y el país huésped, México. Era obvio que este conjunto de escri-

tores —y ante todo, la presencia de Onetti, y de García Márquez, entre otros— ayudó a la Universidad a perfilarse internacionalmente.

Pero, ¿qué le había aportado a Onetti? La respuesta fragmentaria está expresada en el artículo del propio Onetti, que cité antes. Pero, ¿en lo más personal, en lo más íntimo?

Para Onetti, ese Homenaje podía epidérmicamente proporcionarle el placer del reconocimiento ajeno, una caricia al ego, pero él había vivido toda su vida al margen de la vida cultural. Sospecho que el largo y fatigoso viaje desde Madrid a México, y por tierra los 330 kilómetros desde la ciudad de México a Jalapa, todo eso era el precio voluntario que Onetti pagó por estar con sus amigos. Este es uno de los aspectos más importantes —aunque generalmente no lo digamos en público— de las reuniones profesionales, simposios, congresos y charlas como la presente: estar con los amigos, saber de ellos, escuchar sus palabras. Mirarlos. El afecto.

Pero, ¿a un nivel más personal...? Una mañana de 1980 me lo reveló Dolly. Era el tercer día del evento, y Juan no había podido dormir, o había dormido mal. Eso no resultaba sorprendente. Lo sorprendente —aún para Dolly— era verlo llorar. Con la voz quebrada, aquella noche, a sus 71 años, Juan le confesó cuánto hubiera querido que su padre estuviese presente, para ver cómo tantos escritores, tanta gente importante, le estaba haciendo un homenaje, aquel homenaje.

Pienso en cuántas historias subjetivas, oscuras, del afecto, de las heridas del afecto, Onetti no habrá arrastrado en su propia vida en relación a la imagen paterna. Nunca conoceremos esa relación fantasmática, real y ficcional, de Onetti con su padre. Sólo que aquella noche, Dolly se asomó a un drama nunca escrito, ni siquiera en las entrelíneas de sus relatos. El Homenaje mexicano lo abrió a su vulnerabilidad, lo despojó por un instante de una de sus máscaras. Para nosotros, hoy, esta es la oportunidad también fugaz de asomarnos a ese ser único que la escritura revela y esconde a la vez.

3. Mis encuentros con Onetti.

Hace unos meses, supe, volvió a exhibirse en Montevideo el documental de Julio Jaimes *Onetti, un escritor* (1973). Es un documento —además de documental— notable, entre otras cosas por comprobarse en él el vaciamiento de una botella de whisky en el lapso de una hora.

Mis encuentros con Onetti no empezaron ni acabaron en esa película. Se habían iniciado tres años antes.

Conocí a Onetti hacia fines de los sesentas de una manera indirecta, a través de su hijo Jorge o, más bien, debido a Jorge.

Mi familia y la de Jorge compartíamos la amistad, nos visitábamos y pasábamos juntos temporadas en balnearios de la costa uruguaya. Una vez publiqué en *Marcha* una entrevista con Jorge, que a la fecha ya era premio Casa de las Américas con su libro de cuentos *Cualquiercosario*, y autor de la novela *Contramutis*, publicada en España. En la entrevista, Jorge hizo algunos juicios negativos sobre su padre. No tenían la intención de la maledicencia, sin embargo. Jorge había trabajado para Prensa Latina y era muy cubanófilo. Sus críticas a Juan eran su manera de sacudir a su padre, de hacerlo comprometerse más profundamente con Cuba. Y con los años, la verdad es que lo consiguió.

Onetti le comentó a alguien que la intención crítica había sido mía. Al día siguiente me presenté a su apartamento en el sexto piso de la calle Gonzalo Ramírez, y entonces iniciamos una amistad que duró hasta su muerte. Nunca se mencionó el motivo que me había llevado a visitarlo.

Lo visité con frecuencia. Me recuerdo llegar a su departamento, golpear a su puerta, y más de una vez, ya adentro, sentarme junto a su cama —Onetti ya vivía acostado la mayor parte del día— y ponerme a leer cualquier libro mientras él seguía enfrascado en su propia lectura. Otras veces abría la puerta, decepcionado. “¿Es que no quiere que venga a visitarlo?”, le preguntaba yo, sin tutearlo. “No. Es que esperaba... a una dama”, me mentía. Dos o tres veces lo entrevisté.

Creo que aprendí a conocerlo, a conocer a ese “otro” Onetti que no se reflejaba en sus fotografías (en las que nunca sonríe), el Onetti humorista, cariñoso y vulnerable.

Un día de 1969, en Viña del Mar, Chile, donde habíamos coincidido en el legendario Congreso de Escritores (donde también estuvieron Vargas Llosa, Rulfo, Angel Rama y Marta Traba, Camilo José Cela, José Hierro, Claude Simon y, claro está, Pablo Neruda), una mañana, visitándolo en la habitación que compartía con Carlos Martínez Moreno (de hecho, llevé a Rulfo, que caminaba perdido en los pasillos del hotel y quería saludar al otro Juan), Carlos Martínez Moreno —que compartía la habitación con Onetti, en ausencia de Dolly— me contó algo que me conmovió.

La noche anterior, en una peña, entre tangos y vino, yo había mencionado mi olvido de la afeitadora (no tenía barbas como ahora). Aquella mañana —mientras Rulfo se sentaba en una silla junto a la cama de Onetti, silenciosos los dos pero evidentemente comunicándose de algún modo— Martínez Moreno me contó que Onetti no lo había dejado dormir; que a diferentes horas de la noche, a las tres, a las cinco, Onetti lo despertaba para pedirle que llevara a mi habitación su rasuradora prestada. “Dormite, Juan, mañana se la llevo...”, rogaba Carlos. Onetti no

podía dormir pensando en que su joven amigo iba a amanecer rasposo, con barba a medio crecer... Tanta era su ternura. La que creo que lo motivaba.

Ese es el Onetti que todavía rescato, el que sobrevive tras tantos otros retratos y recuerdos y flores y elogios. Y libros lapidarios.